

EL ARTE DE REDUCIR CABEZAS en DANY-ROBERT DUFOUR

*Sobre la servidumbre del hombre liberado
En la era del capitalismo total*

Julio Balladares Grazzo

Universidad de Buenos Aires, Argentina

Noviembre 2013

Profesor Dr. Juan Gómez Fulao

El siguiente resumen es del libro *El Arte de Reducir Cabezas*, de Dany-Robert Dufour, 2007, Editorial Paidós, Buenos Aires. En el subtítulo “*De la modernidad a la posmodernidad*”, el autor inicia su obra con la hipótesis <<Nuestras sociedades, ante nuestros ojos, se está cumpliendo una mutación histórica de la condición humana>> Esta mutación no son más que acontecimientos, de los que todos hemos oído hablar, son: dominio de la mercancía, dificultades de subjetivación y socialización, toxicomanía, multiplicación de los pasajes al acto, aparición de eso que, equivocadamente o no, se denominan <<los nuevos síntomas>>,¹ explosión de la delincuencia en fracciones no desdeñables de la población joven, nueva violencia y nuevas formas de sacrificios...

La fractura en la modernidad se pone de manifiesto cuando al llegar esa época se ha presenciado la disolución, la desaparición incluso, de las fuerzas sobre las cuales se apoyaba la <<modernidad clásica>>. El primer rasgo del fin de las grandes ideologías dominantes, la desaparición de las vanguardias y luego otros elementos significativos tales como: los progresos de la democracia y, con ella, el desarrollo del individualismo, la disminución del rol del Estado, la preeminencia de la mercancía por sobre cualquier otra consideración, el reinado del dinero, la transformación de la cultura en modas sucesivas, la prolongación de la expectativa de vida y la demanda insaciable de perpetua salud plena la desinstitucionalización de la familia, las interrogantes múltiples sobre la identidad sexual, la identidad humana (hoy se habla por ej: <<personalidad animal>>) y el desinterés progresivo por lo político.

¹ Por ejemplo, la anorexia, la bulimia, la toxicomanía (drogadicción), la depresión, el ataque de pánico, etc., es decir, prácticas de ruptura, de rechazo del vínculo con el Otro, invocados a menudo en diagnósticos llamados de <<prepsicosis>>

Comencemos por decir que la cuestión de la sumisión al ser, siempre interesó enormemente a la filosofía: el hombre es una substancia cuya existencia no depende de sí mismo sino de otro ser. Las ontologías, múltiples, constituidas para dilucidar esta cuestión, propusieron muchos nombres posibles para ese ser: la Naturaleza, las Ideas, Dios, la Razón o... el Ser. Hasta podría decirse que toda la filosofía no es más que una sucesión de proposiciones sobre ese principio. Comenzando por los sofistas, antes que nada, paradójica, que afirmaba, para ahogar a la filosofía en su estado embrionario, “que nada es, que el ser no es y que todo deviene”.² Así, su proposición fue rápidamente ontologizada al adquirir la forma de una tesis sobre el devenir.³ Sabemos también la proposición de los presocráticos que postulaban la Naturaleza, en su multiplicidad misma, como el ser primero y último. Luego, la de Platón, que postulaba una ontología de las entidades inteligibles (seres matemáticos y seres éticos). La de Aristóteles, que afirmaba una ontología de lo concreto (verdad, cosa, ser vivo, persona), que siempre fue gran inspiradora de los empiristas. La de las ontoteologías, que postulan la existencia de un dios creador único. La de la ciencia, que postula una ontología de la proposición verdadera (lo que es verdadero, lo que se puede demostrar, existe). La de Kant, que postula la Razón <<en sí>> como un principio supra natural y un dato a priori. La de Hegel, que postula la historia como lugar de realización del espíritu absoluto. La de Husserl, que postula la conciencia como lo que no cesa de superarse así mismo alcanzado lo que no es ella misma. La de Heidegger, que hace del Ser un principio absoluto cuyo exclusivo guardián sería el hombre. La de Sartre, que postula el ser como existencia misma.

Cuando se debaten las formas y organización de la comunidad, de la ciudad, del Estado, se trata nada menos que de dar acceso a los hombres a la verdad. *La República* de Platón o *La Política* de Aristóteles son modelos del género que muestran que la ambición última de la filosofía es la política. Agamben dice, <<la política se presenta como la estructura propiamente fundamental de la metafísica occidental, en la medida en que ocupa el umbral donde se articula entre lo vivo y el logos>>

² Bassin, Barbara, 1995, *L' Effet sophistique*, Gallimard, París. Indica que para los Sofistas, <<el ser [...] no es lo que la palabra revela, sino lo el discurso, por eso acuña “logología” opuesto a <<ontología>>

³ Dufour, opina que se debe vincular la filosofía deleuziniana (Deleuze) del devenir.

La ontología pura y la ontología política se ligaron íntimamente: Platón medita tanto sobre el εἶδος (eidos) <<teoría de las ideas>> como sobre la República. El término <<política>> remite a ese sentido: la *polis*, la *ciudad* griega, es el tercero que la sociedad griega se dio durante los siglos V y IV antes de la era cristiana; *politikós* es la ciencia que tiene por objeto esa ciudad. En resumidas cuentas, los sujetos hablantes, simbolizables como *yo* y *tú*, nunca dejaron de construir terceros, eminentes<<él>>, dioses ante quienes podrían autorizarse a ser. Así Aristóteles había determinado acertadamente, el comienzo de la *Política*, que nuestro estado de <<animal político>> estaba vinculado con nuestro estado de <<animal que habla>>

El Otro como Ficción.

Esta observación se refiere a la naturaleza del Otro: el Otro, aquel que ocupa el centro de los sistemas simbólicos, es imaginario. Quiere decir que la función simbólica sólo se asegura mediante figuras que tiene estructuras de ficción. Para postular a Otro que se haga cargo, en nuestro lugar, de la cuestión del origen (faltante, como tal) basta con una ficción compartida, [más vale creer en el Otro y construirlo, de lo contrario esta cuestión retorna como un verdadero suplicio]. Ese es el sentido de lo que Freud había llamado el *Kulturarbeit*: cada cultura trabaja a su manera en la formación de los sujetos, marcándoles una impronta específica que les permite afrontar la cuestión nunca resuelta del origen. Por ello al Otro se lo pinta, se lo canta, se le atribuye una cara, una voz, se lo pone en escena, se le da una representación e incluso una supra representación, dándole la forma de lo irrepresentable. La gente se mata por el Otro. Se hace administrador del Otro. Su intérprete. Su profeta. El que ocupa su lugar. Su lugarteniente. Su escriba. Su objeto. Él quiere. Él decreta. Pero detrás de todas las mascaradas sociales, el único interés del Otro es que así transfigurado, soporta en nuestro lugar lo que nosotros no podemos soportar. [Esa es la razón por la que está aquí, allá, en todas partes, ocupa todos los lugares es omnipresente y es por ello que exige tanto de sus sujetos]. Ocupa el lugar del *tercero* que nos funda.

Ese sujeto cree, como si fueran reales: dioses, diablos, demonios, seres que, ante el caos, le aseguran una permanencia, un origen, un fin, un orden. En suma, para que yo esté aquí, hace falta que allá esté el Otro. Sin esos referidos al Otro, no me encuentro,

no tengo acceso a la función simbólica, no consigo construir una espacialidad ni una temporalidad posible.

¿Existen Edades del Inconsciente?

En realidad, esas sociedades están constituidas por la hegemonía exclusiva de un gran Sujeto que determina por sí solo todas las maneras de vivir (hablar, contar, trabajar, comer, amar, morir) y estar vigente en esta sociedad. La gran característica de estos mundos tradicionales es, en efecto, que la sumisión al Otro está generalizada. Pero, ¿se trata de sociedades sin inconsciente?

Para ello es necesario distinguir dos tipos de sociedades tradicionales, donde existe Otro monolítico, tales como las sociedades monoteístas, y aquellas en la que existe otro múltiple, como en el caso de las politeístas. Del primer caso se trata de sociedades en que todos los actos de los individuos, hasta los más sencillos, están controlados sin cesar, con el propósito de verificar que se ajusten al dogma. El segundo caso introduce una matriz importante: el individuo de las sociedades arcaicas está igualmente dominado por un juego de fuerzas superiores que lo supera por completo, pero la dependencia respecto de esa potencia se ve transformada en virtud de su multiplicidad. El individuo de las sociedades politeístas se revela a través de sus relatos, como un ser constantemente en conflicto con otro múltiple, casi completamente inasible. Como lo muestran los grandes relatos griegos de *La Ilíada* y *La Odisea*, el sujeto necesita nada menos que recurrir incesantemente a adivinos y pitonisas que interpreten a través de los oráculos los signos divinos a fin de poder orientarse en un mundo regido por fuerzas múltiples y, eventualmente, contradictorias.

Estas fuerzas como dice Vernant, pueden aparecer <<agrupadas, asociadas, opuestas, distinguidas>>, intervienen directamente en los asuntos humanos, ya sea mediante manifestaciones exteriores como interiores (ideas que presentan en el espíritu, sueños premonitorios, ímpetus amorosos, ardores guerreros, pánico, vergüenza, etc.). En ningún caso puede escapar al destino leído e interpretado sin cesar, pero siempre cifrado y encriptado, que lo espera. Como Edipo que huye de Corintio después de que el oráculo de Delfos le revelara que matará a su padre y desposará a su madre. El

inconsciente no está constituido por represiones que el sujeto ha internalizado, si no que, al contrario, está completamente expuesto por los oráculos y los relatos de pitonisas rapsodas, aedos y poetas inspirados que atestiguan los planes del Otro.

La Posmodernidad como decadencia del Gran Sujeto ¿Qué queda de los grandes Relatos
Los relatos neopaganos o la flotación generalizada de los valores

Hay un acontecimiento que señala la *entrada en la posmodernidad*, es el paso de la referencia absoluta del patrón oro a un régimen de flexibilidad generalizada de las monedas. Las relaciones fiduciarias (del latín fiducia <<confianza>>, de fidus, de fidere, <<fiarse>>) tienen otro fundamento. La confianza, pero hoy esa confianza es <<flotante>>, como el valor relativo de las monedas desde 1972. En virtud de este fenómeno, vemos aparecer muchas tribus: los informáticos, los budistas, los motociclistas, los amantes de la ópera, los adeptos al piercing al tatuaje, los músicos de rock, punk, rap o tecno, los navegantes solitarios, los deportes extremos, los que saltan con elásticos (jumping), etc. Cada cofradía dispone de su código de honor, sus obligaciones, sus cultos, sus tótems, su vestimenta, peinados, accesorios. Pero en cada caso hace referencia al sacrificio, alrededor del cual se une el grupo.

El sacrificio de Issac en el judaísmo (sobre el cual, después de que él Señor detiene el golpe, se funda la múltiple descendencia judía), el sacrificio de Jesús en el cristianismo (muerto para rescatar a los hombres) eran sacrificios realizados una vez y para siempre, inscritos en la Escritura.

Los relatos comunitarios

Sobre el fondo de descomposición de los grandes relatos, particularmente el Estado-nación, se montan en escena los relatos locales que apelan al fortalecimiento de la comunidad. Así harían falta jueces de color o descendientes de árabes para juzgar a los delincuentes de color o delincuentes árabes. La comunidad no tenía que rendirles cuentas a nadie más que a la comunidad misma, pues el mundo estaría conformado por una yuxtaposición infinita de comunidades, cada una con sus propias leyes. La tendencia siempre es dividir cada conjunto en varios conjuntos cada vez más pequeños. El precio que habrá que pagar será el relativismo absoluto.

¿El Mercado será el Nuevo Gran Sujeto?

Lo posmoderno correspondería, pues, a la ausencia, radicalmente nueva en la historia, de grandes Sujetos. Habría que preguntarse [si, en nuestros tiempos neoliberales, se estaría acaso viendo como en la humanidad se está tejiendo una gran tela de araña del cual no es posible su salida y “el Mercado a gran escala”, estaría en su etapa de consolidación como el nuevo gran Sujeto, que aprovechando la relativización de la soberanía absoluta promovida por los relatos del Estado-nación, la mercancía, como los capitales deben circular sin obstáculos las fronteras]. Lo dicho tiene coherencia, basta remitirse a las normas promovidas por las instancias de gestión de las inversiones extranjeras y el comercio internacional (por ejemplo, las recientes controversias referidas al AMI)⁴. El relato de la mercancía no quiere fronteras, no quiere territorios propios, sigue únicamente los flujos de difusión que penetran los espacios de manera arborescente.

La decadencia del relato religioso, se infiltra en los espacios culturales que dejó libres la declinación del relato religioso. Hoy, el Mercado, en su expresión más práctica se encuentra en lo que Estados Unidos llama *malls*, es decir, los hipermercados rodeados de tiendas en los centros comerciales, pretenden reemplazar a la iglesia en el vínculo social: la gente asiste a ellos y comulga en familia los días de descanso como iba los domingos a misa. La iglesia o el templo se vaciaron a favor del centro comercial, nuevo lugar de culto.

Algunos sociólogos hasta han pensado (seriamente) en considerar la publicidad como el mito de nuestra época. El *marketing men* encargado de montar hasta con actores de actualidad las representaciones en vivo ante el público como sus mercancías demuestran sus bondades como producto. El Mercado alimenta una verdadera servidumbre voluntaria. Además, se lo alaba porque los sectores que manejan la economía y las finanzas hacen las veces, en todo el mundo, de agentes, analistas y comentaristas de cualquier materia. El Mercado, al ensalzar un comercio libre de toda prohibición y al promover la inversión, se ha impuesto como una religión conquistadora, impregnando todos los confines del mundo, hasta tal punto que, ante la buena nueva pregonada sin cesar (la multiplicación milagrosa de las riquezas), ya no se perciben sus

inconvenientes más graves y visibles (la destrucción de la naturaleza, el aumento de las desigualdades, la aparición de un cuarto mundo, etc.).

En efecto, el Mercado solo obedece a una exigencia interna que procura sustraerse a todo control externo: *es necesario producir mercancías en cantidad creciente y a costos cada vez más bajos*. Por un lado, hay que producir cada vez más, por lo cual el mercado se obliga a crear constantemente nuevos usos de la mercancía al tiempo que amplía su extensión hasta poner bajo su control esferas hasta entonces regidas por otras relaciones. Por el otro, se trata de producir a costos cada vez menores, sobre todo mediante la automatización de la producción y la disminución y hasta la marginación del costo del trabajo. En esta lógica, es indispensable que los capitales circulen sin obstáculos a fin de poderse instalar sin demora.

Finalmente, es probable que no sea posible **[por el momento resistirse a ese proceso. Pero por poderoso que sea, el <<Mercado>> no puede sino fracasar al menos en un aspecto, el capital tendería al infinito y el capitalismo se derrumbaría, se extinguiría como proceso económico para el tiempo t= amplio]**

Julio Balladares Grazzo